

se le han cerrado. Estas ventajas no se adquieren en un día, y son por lo común el resultado y el premio de grandes y costosos atanes, de estudios y ejercicios anteriores, y principalmente del hábito adquirido en la tribuna. Entonces, y solo entonces, es cuando el orador parlamentario se presenta en todas sus lases, y cuando se revela en todo su poder entre la admiracion y los aplausos de un público pasmado y conmovido. Entonces nadie se atreve á disputarle la gloria, porque todos conocen que su discurso es la obra de una creacion instantánea, y que él obra consigo todos los medios y todas las armas de que repentinamente hace uso en aquella ocasion solemnne. La envidia y la maledicencia envidan, y tienen que conceder á pesar suyo todas sus prerogativas al genio y á la superioridad.

se censurable al que le emplea, como no lo es el que nos transmite una moneda falsa que él ha recibido, creyéndola buena y del rey. Varios son los sofismas de que se valen los ministros y los que apoyan, en las discusiones de un parlamento. Especificamos los principales y los más frecuentes, para que no puedan escaparse á la penetracion de sus antagonistas, ni alcanzar la victoria á favor de la propia causa. Estos sofismas tienen por lo regular uno de dos objetos: ó consisten en introducir un sistema injusto de repesion pública, ó en introducir un sistema injusto de repesion.

### CAPITULO VI.

Táctica de los ministros y sus defensores, y de la oposicion, en los debates parlamentarios.

QUEREMOS significar por el nombre de táctica los medios de que se valen los oradores en sus discursos para hacer triunfar su opinion; medios que producen su efecto, porque no se conoce á primera vista el error que contienen, y así se recibe la idea como si fuera una verdad demostrada. Un célebre escritor ha dicho que la elocuencia ministerial es frecuentemente solo de lugares comunes: yo me atreveré á añadir que las mas veces toma su fuerza de la impresion que hacen sus sofismas. Y no se crea ver una ofensa para nadie en esta proposicion. El sofisma no supone siempre mala fé en el que lo usa, porque él mismo puede estar equivocado y haber concebido el error en medio de su buen deseo. Con frecuencia el corazón sorprende y engaña al entendimiento. En estas ocasiones el sofisma no arguye mal designio ni ha-

ce censurable al que le emplea, como no lo es el que nos trasmite una moneda falsa que él ha recibido, creyéndola buena y de ley.

Varios son los sofismas de que se valen los ministros y los que los apoyan, en las discusiones de un parlamento. Espondremos los principales y los mas frecuentes, para que no puedan escaparse á la penetracion de sus antagonistas, ni alcanzar la victoria á favor de la sorpresa.

Estos sofismas tienen por lo regular uno de dos objetos; ó resistir las reformas por que clama la opinion pública, ó entronizar un sistema funesto de represion. Vamos á analizarlos.

Uno de los argumentos de que primero echan mano en las discusiones parlamentarias los ministros que resisten las reformas, consiste en ponderar la sabiduría de las leyes anteriores, para alejar todo deseo de llegar á ellas; y lo suponen tan peligroso, como lo era llegar al Arca de la Alianza. ¿Pero qué significa este sofisma? ¿Por ventura los hombres que nos precedieron eran infalibles? ¿Hicieron las leyes para nuestra época, ó para la suya? ¿Podian acaso al formarlas leer en el libro misterioso del porvenir, calcular la marcha y los progresos del entendimiento humano en los tiempos venideros, penetrarse de las exigencias y necesidades que traería consigo el desarrollo de la civilización, ni amalgamar la obra que se construía para aquellos tiempos con la que había de exigir despues una época de mas desenvolvimiento y cultura? Los hombres que así piensan y que así se oponen á las actuales tendencias, son una especie de devotos políticos, que en medio de su preocupacion y de su fanatismo tributan un culto esclusivo á todo lo antiguo, sin admitir la posibilidad ni la conveniencia de ninguna in-

novacion. Quieren que los muertos impongan desde la tumba el yugo de su autoridad á los que les sobreviven, y que estos contemplen en la inmovilidad y con un ciego respeto todos los errores que han formado la triste herencia legada por sus mayores. No reparan siquiera en que la autoridad de muchos hombres por respetables que éstos fuesen, no vale tanto como la razon. Nada, pues, mas inexacto que la opinion de un escritor notable que decia: "No hemos venido al mundo para hacer leyes, sino para observar las que encontramos hechas, y para contentarnos con la sabiduría de nuestros padres, como nos contentamos con sus tierras y con el sol que les alumbraba." No: el mundo marcha y adelanta sin cesar, cada época tiene sus necesidades como tiene su carácter, y desgraciado el gobierno que no sepa ó no quiera consultar esta ley indeclinable de la existencia de los pueblos.

En tales argumentos hay error y contradiccion hasta en los nombres que se usan: lo que se llama tiempo antiguo debería llamarse mas bien tiempo nuevo, porque nuevo puede decirse que era en la línea de los principios, de los descubrimientos y de los sistemas que ha venido á fundar el desenvolvimiento de la razon de las sociedades. Si damos cierta preferencia á la vejez, no es porque sobre las cabezas encanecidas pesen gran número de años, sino porque se las supone con mas esperiencia y prevision: y en este sentido lo mas moderno es mas viejo, porque posee los conocimientos actuales, comprende la situacion actual, y vive en la actualidad desconocida de los antiguos fundadores de otros sistemas. Por esto ha dicho sin duda Bentham: "Dar en este sentido á las edades anteriores el nombre de tiempo antiguo, es lo mismo que llamar anciano á un niño que está

en mantillas. “Los tiempos pasados se ponderan, y á favor de la distancia se pretende que su sabiduría y sus virtudes se ofrezcan á nuestra vista con proporciones desmedidas, ó mas bien con una magnitud colosal: mas á poco que se reflexione, se encuentra que muchas veces si formamos tan alta idea de aquellos hombres y de aquellos sucesos, es porque los miramos por el vidrio engañoso de la prevencion y con una alusion de óptica histórica. El sistema de ideas que proclama cada siglo, fruto de la elavoracion de los espíritus y de las conquistas del talento, traza el itinerario que dirige la marcha de los individuos y de la sociedad entera. ¿Qué juicio se formaria del hombre que para ir de un punto á otro siguiera una carta topográfica en que estuvieran los sitios y pueblos que el tiempo ha hecho ya desaparecer, prefiriéndola á otra moderna en que se hallan los caminos, las jornadas y los descansos que hoy conocemos? La opinion de una época arrastra todo lo que se le opone. Podrá ser cuando se desencadena y anuncia por medios violentos el emblema del torrente que se precipita con ruido espantoso: podrá ser cuando sigue su curso tranquila y apaciblemente, la imágen del magestuoso rio que corre con serenidad aunque con una fuerza concentrada. En uno y otro caso las aguas llevan en pos de sí todos los objetos que encuentran en su tránsito.

Como una derivacion del anterior sofisma usan otro en sus discursos los ministros y sus partidarios, reducido á decir: “Nunca se ha hecho lo que ahora se pretende, y por cierto que ya estaria establecida la ley que se propone si en realidad fuese buena.” Esto lo escuchamos cada dia, y á primera vista parece que persuade. El error, sin embargo, que envuelve este argumento, es mas fácil de descubrir que el del anterior, porque

lleva en sí la respuesta. Por lo mismo, se puede contestar, que esa reforma no se ha hecho antes, es necesario hacerla ahora. Si ya estuviera ejecutada seria hoy inútil la discusion. Lo que hay que examinar es si se encuentra ó no conveniente. Si creemos lo primero, debe adoptarse, y esa oposicion indirecta no es mas que un sofisma que nada prueba contra las demostraciones de la razon y de la filosofía. Si tal argumento valiera, todas las leyes existentes deberian desecharse, porque no son coetáneas del tiempo; porque tuvieron su origen y su primer dia; y porque cuando éste les llegó todavía no estaban formuladas ni tal vez presentidas.

Pero á esto se tiene buen cuidado de añadir y exagerar el peligro de las innovaciones. El *anticua secuamur*, fórmula de desechar la ley en la república romana, está profundamente arraigado en hombres que tienen la presuncion de creerse á nivel de las luces del siglo; y no obstante, este raciocinio solo quiere decir que deberian restablecerse todos los errores antiguos, porque hubo un tiempo en que fueron universales y en que dominaron sin contradiccion. Esto es pronunciarse contra toda mudanza por mas útil que sea, y perpetuar la esclavitud de la razon ilustrada, sometiéndola irrevocablemente á las ideas de otra época menos filosófica y menos culta. Esto es hacer una violencia al pensamiento y un ultraje á la humanidad. Esas leyes cuya desaparicion se mira como una calamidad pública, fueron hechas para circunstancias muy diversas, y sus autores no quisieron ni pudieron atar las manos á las generaciones futuras, para que no acomodasen su sistema al movimiento sucesivo de las edades y de los hombres que en ellas vivieran. ¿Nos habremos de gobernar siempre por venerables tutores, reconociendo en ellos un poder que aniquile el

nuestro y humille nuestra dignidad? ¿Quién hará mas por nosotros? ¿Nuestros antepasados ó nosotros mismos? y á pesar de tan concluyentes observaciones que se ofrecen por sí mismas, y que basta anunciarlas para que se aprecien en lo que valen, el sofisma del peligro en las innovaciones ha estado muy en boga en nuestros dias; y ha sido el gran cable que se ha echado para que no se estrellasen los mayorazgos, los diezmos, y tantas otras instituciones imposibles de sostener en el tiempo de esta lucha.

Empleábase tambien otro argumento especioso que con frecuencia va al lado del anterior. Esas leyes, se nos decia, que queréis destruir esponiéndoos á los riesgos de una innovacion que puede seros funesta, se hicieron por muchos hombres que trajeron al estadio del exámen el tributo de sus luces, de su esperiencia y de sus meditaciones. El número, pues, de tantas personas respetables, es una garantía que hoy se quiere atropellar del modo mas inconsiderado.

Sin embargo, este argumento es del mismo modo falso, es un sofisma que conduce al absurdo. El número de los creyentes en política no es nunca prueba de la verdad de una doctrina. Muchas opiniones se forman sin mas que la autoridad del primero que las establece, ó de algunos otros que las siguen, porque siempre es mas fácil y mas cómodo creer que examinar y discurrir. Por esto ocurre frecuentemente que tengan razon unos pocos ó el hombre solo que lleva la opinion contraria. Cuando Colon esponia y demostraba la posibilidad del proyecto que habia de dar á España un nuevo mundo, grande era el número de los doctores que en Salamanca calificaban aquella creencia de un imposible, de un sueño, ó de un delirio: y sin embargo, el

nuevo mundo existia con todas las señales de estar poblado desde muy antiguo, y de haber habido antes en él otras generaciones mas perfectas é ilustradas. En materia de opinion no dá la fuerza el número, sino los fundamentos. Mas vale acertar con pocos que errar con muchos, como seria preferible en un naufragio salvarse uno solo á perecer con toda la tripulacion y pasajeros.

“Todavía no es tiempo. Ya no es tiempo” son otros dos sofismas que se emplean harto frecuentemente para impedir las reformas. Cuando se usa el primero, se dice con todas las señales de conviccion y de un temor profundo y prudente. Las leyes deben estar preparadas por la opinion, y el pueblo educado á propósito para recibirlas. Si no precede esta disposicion favorable en la conciencia pública, la reforma es mal recibida, y los hábitos anteriores luchan con ella hasta que la derriban. Esto trae consigo combates permanentes y continuos trastornos, y por lo tanto dar una ley de reforma sin la conveniente preparacion, es hacer un mal gratuito esponiéndose por lo menos á grandes riesgos. Asi se elude la cuestion que es el fin principal de estos sofismas.

Una de dos: ó la reforma de que se trata es conocida útil, ó no lo es. En el primer caso no necesita esa preparacion que tanto se pondera, porque las ventajas que producirá desde luego se harán sentir por sí mismas, y hablarán á la vez al interés y á la opinion con una voz mas persuasiva que hubieran podido hacerlo todas las teorías que antes se hubieran fijado y desenvuelto. Si la reforma no es útil debe ser desechada, por la sola razon del mal que causará por su índole propia, y no porque deje de tener asentadas las bases para ser bien aceptada; pues si alguna vez la conciencia pública puede

equivocarse y desear lo que no podría menos de serle nocivo, pronto la esperiencia amarga de los hechos, la ilustra con sus lecciones y la inspira deseos contrarios. De todos modos el sofisma de la preparacion viene á tierra, porque en un caso no es necesaria, y en otro no es suficiente.

“Ya no es tiempo (se dice otras veces): esa reforma hubiera sido antes muy buena, pero hoy seria indudablemente peligrosa. El mucho tiempo transcurrido ha impreso su sancion sobre la ley que quereis destruir: en medio de sus conocidos defectos viene canonizada por una posesion antigua, y cuenta en favor suyo, por decirlo así, la religion de su vejez. En tantos años ha creado intereses que es indispensable respetar, derechos positivos á que no se puede menos de atender. Si dictais la reforma, estableceis la pugna entre los intereses nacientes y los antiguos, y las consecuencias serán terribles.”

Para conocer la tendencia de estos dos últimos sofismas no hay mas que unirlos, y se verá que abrazan toda la cadena sucesiva de los tiempos y la série cronológica de los sucesos. Ellos harian por sí solos imposible toda reforma, y condenarian á las naciones á una perpétua infancia, quitándolas toda esperanza de adelantamiento y progreso. Si con decir “todavía no es tiempo” hubieran de quietarse todas las tendencias é impulsos de la opinion mal hallada con la situacion actual; y si con añadir despues: “ya no es tiempo,” se lograra que esa misma opinion se resignára conociendo que habia llegado tarde su clamor para ser atendido, con estas dos frases mágicas se habria proclamado la perpetuidad de todos los errores y de todos los abusos, y el movimiento de la humanidad que debe ser en línea

recta y siempre hácia el punto de la perfeccion, se convertiria en movimiento de rotacion sin cesar, ejecutado sobre los mismos ejes, y describiendo exactamente la misma vuelta. Cuando se nos dice “ya no es tiempo” se acusa sin duda al tiempo anterior que debia haber hecho la reforma y no la hizo; y somos tan contradictorios en nuestros juicios, que queremos caiga sobre nuestras cabezas el anatema que lanzamos sobre las de los hombres que nos precedieron. Llevamos á mal su conducta, y sin embargo nos declaramos sus cómplices. No basta revindicar los fueros de una antigua posesion: no basta decirnos con Montesquieu que es necesario alguna vez respetar hasta los abusos, porque el tiempo los ha enlazado con otras cosas útiles, que no pueden menos de resentirse con la caida de aquellos. Lo que es malo y funesto debe desaparecer, y el error no prescribe para que pueda convertirse alguna vez en verdad.

Pero acaso mas temible que estos sofismas es el que vamos á esponer, porque es mas ingenioso y con él se logra el objeto, en tanto que se aparenta ceder al menos hasta cierto punto. Tal sofisma se oye en boca de muchos oradores que no atreviéndose á defender clara y decididamente los abusos, quieren sostenerlos con astucia, y para conseguirlo nos dicen que tambien ellos los condenan, pero que quieren una reforma mas moderada. Dicho se está que la que se debate no les acomoda, y que la impugnarán con teson tomando hipócritas apariencias, y procurando ganar en persuasion y en el concepto público, cuanto aparentan astutamente de imparcialidad. Idles rebajando á medida de su deseo, y vereis que lo que querian era perpetuar el abuso, y que á lo mas que se prestan es á una concesion insignificante que ni aun lo desnaturaliza ni disminuye

sus perniciosos efectos. De estos espíritus vagos y meticulosos, de estos hombres de transacion que tanto abundan en todas las cámaras, ha dicho con mucha oportunidad el jurisconsulto inglés á quien antes hemos citado: "Ellos están muy decididos en su conciencia á oponerse á toda reforma; pero les parece prudente salvar las apariencias, y así toman esta via engañosa de las distinciones simuladas. Nos hablan de dos especies de reforma, una de las cuales es objeto de elogio, y la otra de vituperio. La una es templada, moderada, practicable; la otra escesiva, estravagante, abultada, mera innovacion, especulacion pura. Tratad de sondear el verdadero sentido que encubren estas palabras. Hay dos especies de reforma, la una que ellos aprueban, y la otra que desaprueban. Pero la que aprueban es una especie ideal, hueca, que nada encierra, ni contiene ser ninguno individual; seria como en historia natural el ave fénix. La especie de reforma que ellos desaprueban, es por el contrario, la fecunda, la que comprende un género real é individuos reales, la que se aplica á abusos existentes, la que se realiza por efectos distinguibles y palpables. Todos los sofismas, añade el mismo autor, consisten en igual artificio: eludir la cuestion, mantenerse á cierta distancia, sustituir términos generales á términos particulares, términos ambiguos á términos claros: evitar con cuidado lo que se pudiera llamar batalla en campo cerrado con su adversario. En los demas sofismas el argumento es siempre ageno de la cuestion; pero se presenta cierto linage de argumentacion en el cual se trata de envolver algun error. En los sofismas de esta última clase no hay argumento; no hay mas que voces ó palabras. El orador se salva de un modo plausible, por un término de significacion tan estensa que

comprende el bien y el mal, lo que se aprueba y lo que se condena. Se niega á toda distincion, ó bien os embaraza con una simulada. Es una especie de globo metafísico con el cual se levanta á las nubes, y de allí no podeis forzarle á descender y venir á la pelea. Este sofisma puede ofrecer brillantes ropages al grande orador que de él sepa sacar partido; mas al que no sabe hablar ni por lo tanto puede pintar con seductor colorido sus ideas vagas y de pura declamacion, no le ofrece mas que miserables andrajos."

Otro género de sofismas se hace valer por los ministros y sus sostenedores, cuando se trata no ya de resistir una reforma, sino de entronizar un sistema de ilegalidad y de represion. En este caso la táctica es desnaturalizar las cuestiones, confundir los hombres con la institucion, y exagerar los peligros. ¡Ojalá parase siempre aquí! Mas con frecuencia se ataca á las personas y hasta sus intenciones, y se señala como perturbadores ó sospechosos á los que á riesgo de este anatema se atreven á sostener los derechos de los pueblos. ¿Ofrece un abuso la imprenta? Pues el poder, guiado entonces por el mal disimulado ódio con que la mira, dicta mil restricciones, y la sujeta á una censura tanto mas temible, cuanto que es menos entendida y nada responsable. Claman los oradores por la inmunidad de esta prerogativa, y se les contesta presentándoles como defensores del abuso. ¿Y por qué? ¿Tiene algo que ver la libertad con la licencia? ¿Para reprimir esta última no teneis mas medio que el de destruir la primera? ¿Hay algun punto de contacto entre la imprenta como institucion, y sus desmanes como corruptela? ¿Hay algo humano que no adolezca de imperfecciones y que no esté espuesto á iguales ó parecidos riesgos? Castigad el abu-

so, porque ese es vuestro deber y esa vuestra mision; pero respetad el principio, porque á él no podeis llegar sino hollando las leyes fundamentales que lo consignan. Se levanta el grito contra los males que produce la imprenta: y porque estos sean ciertos ¿habremos de renunciar á sus bienes ó de ponerle una mordaza para que no hable sino á gusto de los gobernantes? En las oficinas de farmácia se venden los venenos al lado de los remedios: ¿se le ha ocurrido á nadie hasta ahora cerrar aquellos establecimientos por este especioso motivo? Y hacemos tal comparacion porque hasta lo que se llama el veneno de la imprenta se convierte á veces en un bien. Si se opondrá que revela las faltas de los funcionarios y que esto ataca á sus personas, repárese en que esta saludable censura enfrena con frecuencia los instintos funestos que de otro modo llegarían á su término, y escusa á la sociedad un mal y al individuo un crimen. Para lanzarse un gobierno en esta carrera de represion injusta que tiene todo el carácter y las consecuencias de una verdadera reaccion, es necesario que se sobreponga á los principios: á los principios que tienen una autoridad indeclinable, y que siendo el resultado de las combinaciones filosóficas y políticas y de las demostraciones de la razon y de la esperiencia, envuelven en sí una verdad infalible. Y hé aquí cómo se convierte en reaccionario el poder cuando su obligacion es neutralizar todas las reacciones oponiendo la ley y la severidad á la reaccion contra las personas que lleva á las persecuciones y venganzas, una fuerza conservadora á la reaccion contra las instituciones, y ninguna á la reaccion contra las ideas, porque estas deben luchar desembarazadamente y en campo libre, tan ajenas al favor como á la ojeriza de los gobernantes. En tales circunstancias el poder, autor ó com-

plice en las reacciones, se ve en la necesidad de apoyarlas en la tribuna. Para dar á sus actos algun colorido de justicia, exajera los peligros y confunde á propósito las ideas. Quiere encontrar, abultando la gravedad de las circunstancias, escusa á sus desmanes; y rechazar los cargos que la oposicion le dirige, haciendo nacer sospechas contra ella. Esta es por lo comun la táctica contra la cual se necesita estar muy apercibidos.

Por un peligro que no existe, ó que si existe es leve y pasajero, se hacen callar todos los principios y se relegan al olvido por mas ó menos tiempo las leyes protectoras de la seguridad individual. Tal vez las demostraciones insignificantes é impotentes de que se toma pretesto para desplegar un inconsiderado rigor, no van dirigidas contra las instituciones, y han nacido del disgusto con que se mira á las personas y su marcha desacertada. Nada importa. Aunque asi se conozca, se dice y repite que las instituciones se hallan atacadas y en riesgo, y bajo el pretesto de defender una ley que nadie combate, se hacen desaparecer todas las demas que prestan garantía á la seguridad de los ciudadanos. Creyéndose tambien que toda tentativa hostil nace de las ideas, se busca en el castigo de estas la espiacion de aquella falta: y asi á la sombra de una confusion tan monstruosa, se ejerce la reaccion en todas direcciones, y descarga esta su saña lo mismo contra los hombres que contra el pensamiento. En el debate parlamentario se fundan los argumentos en la misma confusion que dirige tan ciega conducta; mas basta separar las ideas, los hechos y las cuestiones, para echar á tierra lo que es pura declamacion, y para hacer conocer su debilidad. Este terreno sin embargo, es muy resbaladizo y peligroso para la oposicion, que fijando bien los límites del cam-

po legal, no debe salir de él y sí defender á un tiempo la ley ultrajada, atacando los abusos y arbitrariedades que con desprecio suyo se cometen, y manifestar su reprobacion á toda tendencia trastornadora.

Mas si el ministerio y sus adalides se valen muchas veces de sofismas, tambien los tribunos tienen los suyos, que á fuer de imparciales debemos dar á conocer. Táctica comun y frecuente es en ellos exagerar los cargos y los hechos en que se fundan; y esto no es justo, porque los derechos de la verdad son antes que el peligroso consejo de las pasiones, y nunca debe faltarse á la sinceridad y exactitud por alcanzar un suceso de tribuna. Acostúmbrase tambien emplear en los discursos de oposicion la sátira amarga, ó el sarcasmo que ofende; y esto tampoco es lícito, porque está bien que se afilen cuanto se quiera las armas, pero nunca es permitido mojarlas en veneno. A parte de estos defectos que tocan á la forma, se echa como hemos dicho mano del sofisma que coloca el error en el fondo de un argumento plausible y aun seductor en la apariencia.

¡Cuántas veces se ha invocado la causa de la libertad para favorecer los intereses, los delirios, ó tal vez los crímenes de un partido y aun de determinadas personas! En la revolucion francesa, con el nombre de la libertad se sostenian en la tribuna los atentados mas horribles, y desde alli se escribian las listas de las víctimas, listas mas largas y sangrientas que las de Calígula. Siempre la libertad era el tema y el punto de que se partia para pronunciar aquellos discursos que por cada letra pedian una cabeza, de entre los infelices á quienes sin prueba y sin defensa se designaba como enemigos. Y en nombre de la libertad el verdugo ejercia sin tregua sus funciones; y en nombre de la libertad se hacia correr al pie

de la guillotina un lago de sangre; y por la causa de la libertad se obligaba á temer hasta los mas inocentes que se asustaban de sí mismos: y en nombre de la libertad el hacha aterradora cuando ya no encontraba ni contrarios ni sospechosos, descargaba su golpe sobre los mismos patriotas que habian levantado los cimientos de ese edificio fantástico que adornó por último su cúspide con los despojos de aquellos hombres ilustres. ¡Terrible leccion que nos presenta la historia! Las revoluciones, parecidas á Saturno, se tragan á sus hijos cuando ya no tienen otra cosa que devorar. El partido vencedor, que no siempre es el mas liberal ni el mas justo, ejerce sin compasion su venganza en el partido vencido, y cuando ya no tiene con quien pelear, asesina. Madama Roland, célebre por sus talentos y por la influencia decisiva que habia tenido sobre los principales oradores de la Gironda, sube á su vez al cadalso: se inclina ante la estatua de la libertad que encuentra á su paso, y la saluda con estas tristes palabras: “¡Libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!” Esta frase podia ser el tema de un libro inmenso que escribiera la posteridad consultando los anales fatídicos de lo pasado, y con las lágrimas de la humanidad y de la filosofía que callaban atemorizadas mientras que en nombre de la libertad se paseaba la segur sangrienta en todas direcciones. No hay libertad sin la justicia, ni justicia en la saña de un partido que domina por el terror.

Otro de los nombres de que mas se abusa, y á cuya sombra se tejen tantos sofismas, es el de la opinion pública. A las veces la opinion que se invoca es la de un corto número de personas que se inquietan y agitan, produciendo mas ruido que toda la gran masa que calla y espera. No es tampoco imposible que la opinion que se



presenta como dato indestructible, sea la de un hombre sagáz y atrevido que mueva la de otros entregados á sus planes, y que pretenda usurpar el asentimiento común y hablar en su nombre. De estas osadas pretensiones nos ofrecen muchos ejemplos las épocas de revueltas, y aun tal vez tambien los tiempos normales. En tales casos el argumento que hagan los oradores fundado en la opinion del pais, es un sofisma, ó mas bien que un sofisma, una impostura. Por lo mismo que creemos que la opinion general de una nacion debe ser el elemento dominador en los gobiernos representativos; por lo mismo que creemos que ella forma la ley, la medida, el fanal porque deben dirigirse los mandatarios del poder y sus dependientes, cuando entramos en la esfera de aplicacion del principio, miramos en varios casos como muy árduo y difícil conocer y determinar cuál es esa opinion, y entendemos que en todos suponerla sin que exista es la mayor y la mas sacrílega de las usurpaciones. ¿Cuál es su verdadera fórmula y su verdadera expresion en los gobiernos representativos? ¿Son acaso las demostraciones ruidosas de algunos individuos? No; y menos si tienen contra sí el silencio desdeñoso y de reprobacion de la mayor parte. ¿Son las muestras pacíficas, ó peticiones? Menos todavia, porque estas pueden ser en contrario sentido, ó fraguadas é impulsadas por unos pocos que vayan aumentando el número con la intriga ó la seducción, ó impedidas por el gobierno que cierre todos los caminos á esta manifestacion tranquila de la voluntad general. ¿Son siempre las cámaras que se eligen? Mucho menos aun, en circunstancias dadas, en que el gobierno haya apurado todos los medios de violencia y de coaccion, puesto en juego la promesa que seduce ó la amenaza que aterra, porque entonces solo se

logra una opinion ficticia contra la cual protesta en medio de su sufrimiento la verdadera opinion nacional. La opinion cuando se generaliza, y por lo tanto merece tan respetable nombre, está en todas partes como el aire que respiramos, es espontánea, y forma el lazo de union de todos los intereses y de todas las creencias, porque en ellas vienen á concurrir las meditaciones del filósofo que busca el bien de la humanidad, los raciocinios el político que desea la inmunidad de los principios y de los derechos, y hasta los lamentos del pobre á quien alcanza en su reducida cabaña el golpe de la arbitrariedad ó de una administracion destructora.

Tales son los principales sofismas que se emplean asi por los ministros y sus defensores, como por la oposicion; y contra todos ellos se necesita estar muy en guardia, porque todos ellos aspiran á poner el traje brillante de la verdad sobre el error inmundo y funesto.

